

Empezamos aclarando que en este texto el concepto *sudoku* se toma la segunda acepción del diccionario de Oxford: "Asunto o situación compleja y de difícil solución o comprensión porque intervienen en ellos muchos y distintos elementos, especialmente con datos y cifras"; no es, pues, en la acepción primera que habla del conocido pasatiempo, porque la cuestión a tratar es de singular importancia.

Y es que España ha experimentado en las últimas seis décadas un cambio demográfico, social y territorial que cabe calificarse de excepcional: la velocidad de este cambio y su profundidad singularizan nuestro país en el contexto internacional.

Las consecuencias de estas transformaciones son unos profundos desequilibrios espaciales entre los espacios rurales y urbanos, por más que la dualidad rural-urbana debe ser sustituida en la actualidad por la del continuo *rur-urbano* esto es, un espacio plural que presenta distintos grados de urbanización... y de *ruralización*.

En 1960 España era un país eminentemente rural: más del 50% de la población residía en los núcleos rurales entonces frente al 18% en la actualidad; atrasado en el plano económico y dependiente mayoritariamente del sector primario desde la perspectiva laboral: 42 de cada 100 empleos en 1960. Actualmente el porcentaje de empleo del sector primario no alcanza, según la encuesta de población activa ni el 4%, frente al 76,3% que lo hace el sector terciario.

A la vez nuestro país aparece, en el conjunto de países europeos, escasa (93 habitantes/km²) y desigualmente poblado: el porcentaje de territorio deshabitado es casi el 87%, frente al 32%, 53%, 40% o 53% de Francia, Italia, Alemania o Portugal, respectivamente, a la vez que nuestras grandes áreas urbanas concentran el 70% de la población y representan solo el 7% del territorio del país.

Sin embargo, actualmente son las grandes áreas metropolitanas las que definen y dominan nuestro sistema de asentamientos, consecuencia de un proceso de urbanización fuertemente *concentrador* en lo demográfico y *marcadamente segregador* en lo social. Un dato: en Europa hay una treintena de kilómetros cuadrados que concentran más de 40.000 habitantes, de los cuales dos tercios se encuentran en España (el barrio de La Florida, en L'Hospitalet de Llobregat; El Agra del Orzán, en A Coruña, y algunas secciones censales del barrio del Pilar, en Madrid, son buenos exponentes). Estas grandes concentraciones urbanas contrastan abruptamente con grandes vacíos demográficos y espacios de extraordinariamente baja densidad de población que aparecen en nuestro país (Sistema Ibérico; La Raya, en la frontera con Portugal desde norte de Cáceres hasta Ourense, pasando por el occidente de Salamanca y Zamora; Montes de Toledo, Sierra Morena, montaña cantábrica...). El violento contraste entre unas y otras áreas nos hacen aparecer como una *anomalía* en el contexto de los países europeos.

Asimismo, hay que tener en cuenta lo que alguna vez hemos definido como el *factor D*: la demografía. La población española está envejeciendo a uno de los ritmos más altos del mundo como consecuencia de un doble



PABLO MONGE

España y su sudoku demográfico-territorial

El país presenta actualmente un alto grado de vulnerabilidad poblacional y social que condiciona fuertemente su futuro

Pedro Reques *Catedrático de Geografía Humana de la Universidad de Cantabria*

envejecimiento. De una parte, el provocado por la vertiginosa caída de nuestro índice sintético de fecundidad: 1,19 hijos por mujer en 2021, el segundo más bajo de Europa, muy lejos del 2,1 que asegura el reemplazo generacional, que explica el envejecimiento por la base de la pirámide de población. Y, de otra parte, por el aumento de la esperanza de vida, que es una de las más elevadas del planeta y que explica el envejecimiento por su cúspide. Nuestra edad mediana es en 2022 ¡44,1 años!, cuando en 1982 era tan solo 34,1 años.

España, además de ser uno de los países más longevos del mundo, exhibe en la actualidad una esperanza de vida muy alta: 86 años las mujeres, 79,5 años los hombres, a pesar de que el Covid la redujo 1,5 años entre 2019 y 2020, dato medio que no debe ocultar fuertes notabilísimas diferencias

territoriales: en Canarias la esperanza de vida se redujo entre los años citados solo 0,1 años frente a los 3,6 años que se redujo en Madrid

Por lo que respecta a la estructura demográfica a principios de los 60 del pasado siglo, nuestro país se mostraba como uno de los más jóvenes de Europa (uno de cada cuatro habitantes tenía menos de 15 años, hoy lo es uno de cada diez). Aquella rejuvenecida estructura era consecuencia de una fecundidad que se había mantenido relativamente alta hasta 1978 (2,86 hijos por mujer en 1960; 2,87 en 1970; 2,77 en 1976; año que el índice de evolución de la fecundidad inicia en España su caída; 2,1 era el número de hijos por mujer en 1980; 1,16 en el 2000; 1,19 en 2021). La envejecida estructura demográfica actual la explica al 90% la bajísima fecundidad y solo el 10% restante el incremento de la esperanza de vida

Las migraciones internacionales son un nuevo factor demográfico a considerar. En los años sesenta éramos un país de emigrantes: 2.600.000 españoles marcharon a Europa entre 1946 y 1970. En 2022, según el PERE, residen fuera de España 2.742.605 compatriotas, de los cuales 1.019.795 tienen como destino Europa, por más que esta nueva emigración, altamente cualificada (solo entre los años 2007-2017 unos 87.000 trabajadores eran españoles de alta calificación con título universitario o grado superior) se fue a otros países de la UE, poco tiene que ver con la vieja emigración de trabajadores a la industria, la construcción y los servicios

de hace medio siglo. Pero es que, a la vez, actualmente somos uno de los principales destinos de la inmigración internacional: 6.246.130 extranjeros residen en nuestro país en 2022, lo que significa el 13,29% de la población total.

Por otra parte, y de forma paralela, estamos asistiendo a un fenómeno social que cabe calificarse de histórico: el debilitamiento progresivo de la clase media, fenómeno que también se está produciendo en todo el mundo occidental, hecho que es consecuencia de las sucesivas crisis en las últimas décadas: energética de 1973, financiera de 2008, sociosanitaria en 2019 y bélica en la actualidad: la clase media ha pasado de representar el 63% en 2006 a representar actualmente el 57%, dato que prueba la involución social aludida y la velocidad del cambio. De otra parte, asistimos, a unos niveles de desigualdad de renta sin parangón en Europa y a una polarización social y económica cada vez mayores.

España, en suma, presenta un alto grado de vulnerabilidad demográfica y socio-territorial que condiciona fuertemente su desarrollo futuro. Es el momento de modificar nuestro modelo productivo aprovechando el impulso de los fondos estructurales y llevarlo a niveles de mayor productividad, así como plantear una reforma fiscal más progresiva y eficiente, que permita asegurar la sostenibilidad de nuestro Estado de bienestar desde principios de justicia social y equidad intergeneracional: tenemos 47.661.554 razones para hacerlo.



El violento contraste entre zonas hiperpobladas y vacías nos convierte en una anomalía en el contexto de Europa